
Constantino Reyes. Recuerdos para platicar después

CARLOS NAVARRETE CÁCERES*

Francisco de la Maza fue un catedrático incomparable, sin solemnidades, generoso en las aulas y en las conversaciones incidentales “en torno de una mesa de cantina”, en el autobús durante las excursiones semanales a templos y conventos, frente a los cuales derramaba sabiduría. Su carisma lo rodeó de un grupo permanente de estudiantes, cuyas afinidades estéticas y el gusto por la arqueología, la historia y el arte lo convirtieron en círculo de amigos.

El conjunto de discípulos lo conformaban Carlos Martínez Marín, Raúl Flores Guerrero, Xavier Moyssen, Mario Vásquez, Rosa Camelo, Íker Larrauri, Miguel Messmacher, Jorge Angulo, Alfonso Muñoz, Carlos Navarrete, Luis Luján Muñoz... y un pedante sujeto que no le dirigía la palabra a nadie. Por aparte, a las excursiones iba un compañero que se llevaba bien con el maestro, casi nunca se quedaba a escuchar sus explicaciones por dedicarse casi obsesivamente a fotografiar los monumentos, cargando por doquier una pesada bolsa repleta de equipo fotográfico y un sólido tripié. En una ocasión, en Calpan, al terminar la explicación de las capillas posas, prestos a abordar el autobús, el individuo aquel soltó una frase despectiva pensando encontrar eco en nosotros: “Ese viene sólo a turistear... ahí con sus fotitas presumiendo cámaras”. Se oyó la voz de Raúl Flores Guerrero: “Ése se llama Constantino Reyes, y sabe más de lo que vas a lograr aprender en toda la vida”. Exageramos la risa. El individuo en cuestión no regresó.

Muchos trabajos de Francisco de la Maza fueron ilustrados por Constantino, que a su ojo fotográfico agregó las enseñanzas analíticas que aquél le transmitiera. Muchas páginas de De la Maza, al margen de sus interpretaciones, quedan como magnífica literatura, y en este salto de calidad las láminas se integran y adquieren valor de fotografías de arte.

La mano del maestro se siente en la forma como Constantino describió los tres templos (en realidad son cuatro) de la *Trilogía barroca* (1960), contrapunto de la imagen

* Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.



Ex convento de Santa María de los Reyes, Huatlatlauca, Puebla. Interior del templo. Foto: Constantino Reyes-Valerio, 1963. Fototeca de la CNMH, INAH, neg. CDXXII-9.

28 |



Templo de Santa María de los Reyes, Huatlatlauca, Puebla. Artesonado del templo. Foto: Constantino Reyes-Valerio, 1963. Fototeca de la CNMH, INAH, clasificación A13, T-22, p. 24.

con la descripción escrita, disección del conjunto y el detalle. Un sistema de análisis y dos formas de aplicarlo: la esquematización de un retablo con el que De la Maza ilustró sus *Retablos dorados en la Nueva España*, en el alumno se vuelve detallada iconología, “siguiendo un orden establecido para integrar una lección teológico-simbólica”, expresado en un resumen gráfico de patrón triangular como el triángulo de Dios.

Sobre los escritos de Constantino podrían llenarse páginas y no es el propósito de estas notas emprender una bibliografía. Me referiré a los títulos que despertaron en mí el deseo de conocer los lugares por él mencionados y que motivaron algunas de nuestras conversaciones.

Constantino fijaba detalles de la arquitectura, la descomponía y la “armaba” a través de la lente. El arbotante cobraba vida propia, los acantos del capitel mostraban diferencias. ¿Por qué razón la columna lateral es más delgada que las demás? ¿A dónde conduce este absurdo corredor ciego? No fácilmente aceptaba sorpresas, ni explicaciones fáciles. Desentrañaba leyendas. A las pocas horas o semanas después de una plática sonaba el teléfono —en ocasiones en cómodas tres de la mañana— y era él preguntando por algún detalle que se nos había escapado o para exponer una respuesta. Que si la imagen del Señor del Encino de Aguascalientes muestra más alargado el brazo izquierdo, desclavado, Constantino replicaba: “¿No tendrá que ver con aquel pasaje de la crucifixión?”

[...] Jesús extendido sobre el madero, clavo puntiagudo penetra la carne, rompe los nervios y rasga las venas de su mano derecha a golpes de martillo, como la mano izquierda no llega al agujero señalado de antemano, átanla con cordeles y tiran del brazo con tanta inhumanidad, que le descoyuntan los huesos [...]

La idea de un boletín informativo para el INAH fue de Jorge Gurría Lacroix, respetable académico, radiante de optimismo y humor. Lo platicó mucho con un grupo de colaboradores, y preparó dos números con la colaboración de Rosa Camelo, Mariano Monterrosa y Constantino; se los presentó al doctor Eusebio Dávalos Hurtado, quien se entusiasmó, autorizando la publicación.

Mucha gente botó a la basura los dos primeros números. Los juzgaron un boletín más de los que periódicamente se planean para ego de cada nueva administración. Pronto aumentó de páginas y dio cabida a noticias comentadas y pequeños artículos, y principió una época rica en notas por su cantidad y calidad. En el *Boletín* núm. 9, al publicar Constantino esa joya del arte colonial que es *El nicho de Hueyapan*, aportó seriedad a las notas y derecho a figurar como género respetable. Habiendo sido igualmente “notero”, alguna vez intenté una definición de ellas (Navarrete 1982).

Casi olvidadas en el hacer arqueológico moderno, las notas constituyen una aproximación. Son novedad y adelanto, aclaran y ofrecen dudas. Entresacan puntos de aburridos informes, sugieren temas, comunican la noticia antigua y han instrumentado no pocos alegatos. Son primera impresión y a veces extracto meditado.

Su factura ha sido bautismo para más de un arqueólogo bisoño, en el veterano son ejercicios de rectificaciones y cambios, un atractivo siempre a la mano para apuntar síntesis.

En esa brillante primera época, Constantino publicó 16 notas sobre arquitectura, pintura, escultura y simbolismo en un lapso de ocho años.

El origen y desarrollo de la revista mensual fue al mismo tiempo el principio de una amena tertulia. En ese tiempo Constantino había emprendido las series de transparencias, ordenadas por sitios arqueológicos e históricos y por temas. Para un profesor de Arqueología de Mesoamérica, en cualquiera de sus niveles, poseer la colección completa era y sigue siendo un tesoro para ilustrar el programa de cátedra. Viajó mucho, recorrió México varias veces, se adentró en las misiones del norte y en los conventos franciscanos y dominicos del sur. A su regreso las novedades confluían. Llegaban Pompa y Pompa y Martínez Marín, que venían de microfilmear documentos en pueblos y lugares insólitos.

El grupo “del boletín” excursionó mucho. Tomaban rutas no transitadas buscando vestigios de interés colonial. Es una generación consciente de que publicar los resultados de una investigación es primordial y obligatorio. De ahí la importancia de recordar esa labor editorial sin paralelo. Había orden. La oficina de Jorge fue puerta de lanzamiento de magníficas colecciones editoriales del INAH. Queda como ejemplo la serie del Departamento de Monumentos Coloniales en los que Constantino está presente. En la “tertulia Gurría” conocimos los originales de *Trilogía barroca* (1960) y *Tepalcingo* (1962).

Vendría luego un trabajo mayor. De Puebla Constantino trajo novedades. En el *Boletín* núm. 12 (1963) dio a conocer las pinturas sobre papel de amate de Tecamachalco. Con esta nota hubiese bastado para volverse cita indispensable para quienes estudian el arte mexicano del contacto. El artículo fue la víspera del libro *Juan Gerson, tlacuilo de Tecamachalco* (1964), en coautoría con Rosa Camelo Arredondo y Jorge Gurría Lacroix. En él confluyen muchas cosas: una descripción rigurosa *Biblia* en mano, la obra de un pintor indígena que plasmó temas del Viejo Testamento y el libro del Apocalipsis, y la inspiración iconográfica del artista. Cuarenta años después de la conquista se pinta sobre papel de amate como base de un mural. Fue de las primeras veces en llevarse a cabo un análisis químico de los pigmentos.

Al volver a dos de sus obras capitales: *El arte indocristiano* (1978) y *El pintor de conventos* (1989), me doy cuenta del proceso de aprendizaje que se impuso, de la disciplina de lecturas incesante, y del magisterio que alcanzó en el círculo de entendidos. Las raíces están en muchas de aquellas notas y en caminar mucho, observando una y otra vez.

El arte indocristiano constituye un tratado del proceso de fusión de dos culturas. “Arte mestizo” le llamó Toussaint (1964), *tequitqui* José Moreno Villa (1948), antecesores en la tarea de descubrir “lo mexicano”, las raíces estéticas nacionales, las artesanías populares. Todos los que nos formamos a mitad del siglo pasado somos herederos

de ese movimiento intelectual que nos marcó. Pero Constantino hizo a un lado exageraciones y forzamientos interpretativos que encontraban lo prehispánico en cualquier motivo, para entregarnos un conjunto de rasgos depurados.

La mano del indio en el arte del siglo XVI, de eso trata el que llamo “libro-códice”, porque con láminas pareadas establece una rigurosa secuencia de lectura donde las ilustraciones “se leen” y se eslabonan.

Secuencia analítica que continúa en *El pintor de conventos*. Lectura guía para cruzar el laberinto donde se funden los diseños mesoamericanos con los europeos, se traslapan los cambios de modas a través del tiempo, y en el ejercicio de comparar formas y estilos heredados de dos culturas confrontadas es posible naufragar.

No comento nada de un libro importante, más allá del análisis del pigmento en sí: *El azul maya* (1993). Queda para una futura conversación, cuando me entregue los análisis de un fragmento de cerámica del tono más puro procedente de las tierras altas mayas, que le traje de ofrenda cuando cumplió 80 años. Después será, cuando se olvide la causa de la tardanza y podamos sentarnos a platicar de libros y de los nuevos templos que en este tránsito va conociendo. Abajo será, con muchos más amigos animosos de platicar con un buen tequila entre los huesos.

Pienso que el alcance de lo que escribimos no radica exclusivamente en cumplir con las normas estilísticas o de la veracidad histórica, sino también en el cariño puesto en el tratamiento del tema y en la satisfacción personal por culminar la tarea. Compromiso con el trabajo, lejos de ambiciones y honores percederos. Las razones de Constantino eran México y su familia, el amor por los valores reales de su tierra, de Carito y sus hijos. Quizá en esta actitud radique uno de sus méritos, el haber logrado ser un feliz investigador para sí mismo.



Templo de Santa María de los Reyes, Huatlatlauca, Puebla. Artesonado del templo. Foto: Constantino Reyes-Valerio, 1963. Fototeca de la CNMH, INAH, clasificación A-13, T-22, p. 37.



Templo de Santa María de los Reyes, Huatlatlauca, Puebla. Pintura mural en el ex convento. Foto: Constantino Reyes-Valerio, 1963. Fototeca de la CNMH, INAH, neg. CDXXII-23.

32 |



Templo de Santa María de los Reyes, Huatlatlauca, Puebla. Pintura mural en el ex convento. Foto: Constantino Reyes-Valerio, 1963. Fototeca de la CNMH, INAH, neg. CDXXII-25.